

freudiana ortodoxa), y unas manzanas verdes (símbolo de los pechos maternos) sirvieron para superar el complejo oral. Es decir, que mediante la ilusión se realizaron los deseos reprimidos de la enferma para que su impulso dinámico siguiera un curso normal.

Como Renée no podía regresar a la infancia para satisfacer las necesidades correspondientes a esta edad, la satisfacción tuvo que buscarse en un sustituto, en un símbolo. Además como la enfermedad se había originado en una época anterior a la formación del Yo, cuando aún Renée no poseía el uso de la palabra, la solución del conflicto requería un medio que no fuera verbal, sino mucho más primitivo, y que correspondiera a la fase en que el trauma había tenido lugar.

Esta terapia de las asociaciones mágicas logró muy pronto aminorar los síntomas. Uno a uno fueron desapareciendo los diferentes complejos. Se procedió a la reconstrucción de la personalidad de la enferma. Fue algo parecido a la educación del niño, a quien se entrena para entrar en contacto con la realidad; se le impuso una saludable disciplina con objeto de fijar su atención, despertar su confianza y su valor, fomentar su actividad, y satisfacer sus necesidades. Finalmente Renée pudo valerse por sí misma en la vida.

Esta curación puede considerarse como definitiva. Renée fue capaz de ingresar a la Universidad, y de adquirir un título y honores académicos.

C. V.

A N A Q U E L

Por Francisco MONTERDE

PARTIDA Y ARRIBO, EN LA EPICA

IMPUESTO el equilibrio en la naturaleza, dominadas las fuerzas destructoras, por artes mágicas, podían venir los seres humanos: la supervivencia de sus descendientes estaba asegurada, por la aclimatación en el medio aquél —antes adverso a la especie— y por el alimento adecuado para que subsistieran.

Todavía era forzoso, para perpetuar el linaje humano, que intervinieran las divinidades propicias: la Lluviosa, la Fecundante, la del Fuego: los tres dioses llamados Pluvioso, Sembrador, Volcán.

Fue entonces cuando las lenguas de las tribus fundadoras se multiplicaron en otras lenguas y dialectos; cuando, a costa de sacrificios, y con la intervención de Pluvioso y Sembrador, obtuvieron —de Volcán— el fuego.

De la primitiva abundancia se había pasado a la abstinencia, al ayuno. Los ayunadores aguardaban, en su prolongada vigilia, la aparición del alba, la salida del sol, y se alternaban para observar la estrella "Luna-Sol" que precede al día.

Fue el instante señalado para la partida: el amanecer de cada una de las tribus, que recordaban con cantos su llegada al lugar de la abundancia, y lloraban al pensar que tenían que desterrarse de aquél, abandonándolo.

Al partir, algunos quedaron "en el camino; hubo hombres dejados allá dormidos. Cada tribu se levantaba siempre para ver la estrella señal del día. Esta señal del alba estaba en sus corazones cuando vinieron del Oriente, y con rostro igual fueron a una gran distancia de allí, se nos dice ahora".

Así empezó la peregrinación de las tribus mesoamericanas, según *El libro del Consejo de los jefes de la tribu*. El punto de partida fue una montaña, en cuya cima se reunieron los hijos de la gran familia.

Cada rama de aquélla recibió su nombre: "los nombres con los cuales se llamaron unos a otros. Allí se congregaron esperando el alba, acechando la salida de la estrella, la primera antes de que nazca el día."

A través del mar —quizá el que los separaba de la península—, "pasaron co-

MESOAMERICANA

mo si no hubiera habido mar: solamente sobre piedras pasaron, y aquellas piedras sobresalían en la arena", según el relato, que insiste en ese punto.

De esa peregrinación, del estado primitivo de tribus errabundas, de inquietos cazadores que siguen las huellas de los animales, se pasa —a través de escenas mitológicas en las cuales se advierte la escasez de elemento femenino, en pa-



"las divinidades propicias"

sajes eróticos— al estado de belicosidad, en que la épica reaparece con otros elementos.

Las tribus, reunidas en consejo, buscan la forma que resulte más adecuada para destruir a los contrarios. Reunidas para la matanza colectiva, deciden proveerse de armas: flechas, escudos. Con ellas, "todas las tribus se adornaron".

Mientras, los sitiados circundan la ciudad con tablas, con plantas espinosas, y después de haber hecho fortificaciones, colocan maniqués, muñecos de madera, con escudos y adornos de metales preciosos.

Vuelven a participar animales en las disputas de los hombres: avispas, abejas

encerradas en calabazos, erizan las murallas. Con ellas combatirán a las tribus sitiadoras que amenazan la ciudad.

Observada por los enemigos, éstos al ver los maniqués, creyeron que los defensores no eran numerosos. Sólo veían a los muñecos de madera que "se balanceaban suavemente".

Rodearon la ciudad y la atacaron golpeando los escudos y agitando las flechas, entre silbidos y vociferaciones. Los de las Espinas levantaron las tapas de los calabazos que guardaban las avispas y abejas, para libertarlas.

"Así los guerreros fueron acabados por los animales que se pegaban a sus ojos, que se pegaban a sus narices, a sus bocas, a sus piernas, a sus brazos." El relato agrega que "se tendían al caer ante la montaña". Así fueron derrotados.

Los defensores se multiplicaron, después de haber humillado a sus enemigos. "Se regocijaron cuando vencieron a todas las tribus, derrotadas allá en el monte", dice el libro. "En seguida sus corazones reposaron."

En las últimas páginas de *El libro del Consejo*, se sigue la trayectoria de las generaciones victoriosas, a partir de los primogénitos; se enumera las grandes mansiones; se evoca las ciudades, que a veces recuerda sólo "un montículo de piedras", y se menciona las casas de los dioses, al pensar en "lo que está perdido, aquello que hacía ver lo que fueron antaño los primeros jefes...". Y con esto el libro concluye.

Al leer —con propósitos literarios— *El libro del Consejo*, se piensa en las gigantomaquias; en esos relatos en que las fuerzas cósmicas, al desbordarse en su ciego furor, toman la apariencia de gigantes que luchan entre sí furiosamente.

Otras de sus páginas ofrecen ejemplos de fábulas moralizadoras, en las cuales se muestra el castigo de los vanidosos que se jactan de poseer bienes superfluos; de quienes torturan sin compasión a sus semejantes.

En algunos pasajes del libro creemos encontrar antecedentes de cuentos populares que los indígenas aún narran en su propia lengua, como aquellos en que intervienen seres sobrenaturales, hablan las bestias y los enemigos urden crueles trampas en las que caen sus contrarios.

La épica del *Popol Vuh* es hermana, desconocida y distante —sin punto de contacto ni medio de transmisión posible—, de los vastos poemas índicos en que participan los animales en las luchas de los hombres.

Contiene, además, pasajes en los que se explica, ingeniosa, puerilmente, el origen de la característica de algunas especies: son los llamados mitos etiológicos, los cuales parecen imaginados por mentes infantiles.

No faltan episodios en los que se percibe, a través de los símbolos y los combates que aluden a transformaciones sociales y luchas religiosas, cierta vaga aspiración hacia ideales superiores.

Quien se acerca al *Popol Vuh* sin pretender penetrar su sentido esotérico, ahora oculto para la mayoría, tiene la impresión de tribus que se esfuerzan por adaptarse al medio y obtener el alimento adecuado, sin olvidar las preocupaciones artísticas ni su tradicional afición al deporte. Y lo expresa, como observé hace una veintena de años, con "cierto humorismo que se complace en lo grotesco".